
CULTURA Y EDUCACIÓN EN LA CREACIÓN DE IDENTIDADES

CLARISA CARRILES LEMUS

RESUMEN:

Frente a la arrogancia discursiva del relativismo posmoderno que asume la pérdida de sentido como algo natural, y que caracteriza el inicio de este siglo XXI, es innegable la necesidad de plantear una forma de rescate conceptual que permita pensar sobre el papel de la cultura y de la educación en la creación de identidades sociales. Por ello, el objeto de este trabajo es abrir un espacio para la reflexión de carácter interpretativo sobre los imperativos que se presentan en ambos espacios y la urgencia de construir un sentido simbólico a las prácticas y saberes cotidianos, desde el campo de la filosofía y la teoría como alternativas viables para su argumentación. Este trabajo, representa sin duda un reto, al intentar aglutinar elementos teórico-conceptuales derivados desde diferentes perspectivas y campos del conocimiento.

PALABRAS CLAVE: cultura, educación, identidades sociales.

PENSAR LA CULTURA Y LA EDUCACIÓN

Hablar de cultura es referir necesariamente al lenguaje, a la comunicación, al intercambio, de mensajes, de textos (en un contexto), de discursos, y por ende, de interpretación.

Tradicionalmente, la cultura ha sido entendida como “[...] el conjunto de técnicas, de uso, de producción y de comportamiento, mediante las cuales un grupo de hombres puede satisfacer sus necesidades, protegerse contra la hostilidad del ambiente físico y biológico y trabajar y convivir en una forma más o menos ordenada y pacífica” (Abbagnano y Visalberghi, 1982: 11).

Puede entenderse que la cultura no sólo es un conjunto de elementos puestos ahí (en un lugar) en forma artificial, sino que desempeñan una función y tienen

una finalidad. “En resumen, una cultura es el conjunto de las facultades y habilidades no puramente instintivas de que dispone un grupo de hombres para mantenerse vivo singular y colectivamente (es decir, como grupo)” (Abbagnano y Visalberghi, 1982: 11). Pero no es sólo en un sentido técnico, ni de utilitarismo, ni de acompañamiento, que se estructura la cultura; no es la suma de elementos que se heredan los que justifican su razón de ser. La cultura va más allá de las cuestiones de uso técnico, o de adiestramientos (como lo refiere Max Scheler); la cultura tiene un fin, es decir, existe para algo, para el desarrollo de la personalidad humana (filosóficamente, la realización del espíritu humano, el ser).

El espíritu en sentido subjetivo y objetivo, como espíritu, además, individual y colectivo, determina pura y exclusivamente la esencia de los contenidos de la cultura, los cuales pueden, en cuanto así determinados, llegar a ser (Scheler, 1973: 14).

Desde este punto de vista, es posible dar sentido a la cultura como un entramado de relaciones y elementos que adquieren significación a partir del sostenimiento de conocimientos, valores y costumbres comunes que hacen posible la existencia de la colectividad, y que a su vez definen el funcionamiento y las relaciones de sus miembros y sus mecanismos de identidad, presentes en sus diversas prácticas cotidianas.

El *ser* en la cultura sólo tiene que ver con el hombre, pues es a partir de su esencia, de sus intenciones y de sus aspiraciones, que puede dar sentido a su existencia. Por ello, continuando con los planteamientos de Scheler, vale la pena considerar que:

Lo que hace del hombre un hombre es un *principio que se opone a toda vida en general*; un principio que, como tal, no puede reducirse a la “evolución natural de la vida”, sino que, si ha de ser reducido a algo, sólo puede serlo al fundamento supremo de las cosas, o sea, al mismo fundamento de que también la “vida” es una manifestación parcial. Ya los griegos sostuvieron la existencia de tal principio y lo llamaron la “razón”. Nosotros preferimos emplear, para designar esta X, una palabra más comprensiva, [...] Esa palabra es *espíritu* (Scheler, 1938: 54-55).

Como Scheler señalara, hablar de cultura es situar una condición primordial y específica, es referir a lo humano. Sólo el hombre como *ser*, que posee inteligencia, sensibilidad, saber, afectos y deseos, es quien puede hacer posible las diferentes manifestaciones de su vida con sentido (con un fin), pero no como sujeto solo, individual, sino como parte de un colectivo, con sentido de pertenencia (a un grupo). La condición sustancial que permite relacionar lo humano con el espíritu, no es una cosa, ni una suma de objetos, propios de una nación o de un círculo de cultura específico, ni de una época o épocas que hayan existido, supone además, un conjunto de creaciones de símbolos que configuran discursos, identidades, anhelos; nada de ello en forma particular o aislada, signadas por la historia del pasado puede hacer posible la cultura, “[...] sino de todas juntas con inclusión de las futuras, en una cooperación solidaria, espacial y temporal, de sujetos culturales insustituibles por individuales y únicos” (Scheler, 1973: 23).

Lo que hace posible entonces, el *ser* en la cultura y la cultura a partir del *ser*, es eso que se denomina *espíritu*.¹

Desde una perspectiva semiótica, es importante recuperar los planteamientos de Lotman, cuando señala que:

Desde el punto de vista de la semiótica, la cultura es una inteligencia colectiva y una memoria colectiva, esto es, un mecanismo supraindividual de conservación y transmisión de ciertos comunicados (textos) y de elaboración de otros nuevos. En este sentido, el espacio de la cultura puede ser definido como un espacio de cierta memoria común, esto es, un espacio dentro de cuyos límites algunos textos comunes pueden conservarse y ser actualizados (1996: 157).

A partir de estos planteamientos es posible situar un elemento más en la cultura: la memoria. Dicho elemento puede ser equiparado a lo que se ubica como historia; en este sentido, la cultura posee historia, sus miembros

¹ El espíritu puede ser entendido como una característica exclusivamente humana, misma que no se encuentra en alguna función específica de la constitución biológica (natural), sino que refiere a una cualidad particular del ser humano que lo lleva a hacer posibles diferentes logros y a las distintas manifestaciones de su cultura (de la civilización). “Se trata de la *facultad del hombre de ir más allá de sí mismo*, de trascender los límites de su ser físico” (Kahler, 1981: 20).

construyen e interaccionan en el tiempo y en el espacio dejando huellas; elemento que, sin duda, da unidad a los sujetos y que contribuye a marcar el rumbo de sus identidades. Puede decirse que: *sin historia (sin memoria) no hay cultura*.

La historia sólo se puede conocer y puede servir como referente si se cuenta, si se transmite a través de una serie de símbolos (a través del lenguaje) que han mantenido un profundo valor en sus significantes.

No sólo valores, normas, costumbres, lenguaje e historia son lo único que conforma a la cultura; cabe aquí recuperar también la perspectiva de Freud desde el psicoanálisis al respecto: “Bástenos, pues, con repetir que la palabra «cultura» designa toda la suma de operaciones y normas que distancian nuestra vida de la de nuestros antepasados animales, y que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres” (1992: 88). Este primer acercamiento a lo que se define por cultura (desde el psicoanálisis freudiano), sin duda enfatiza lo que ya Scheler había señalado, que la cultura es una característica propiamente humana, y que coincidiendo con una concepción tradicional de la misma (Abbagnano y Visalberghi), Freud agrega: “Reconocemos como «culturales» todas las actividades y valores que son útiles para el ser humano en tanto ponen la tierra a su servicio, lo protegen contra la violencia de las fuerzas naturales, etc.” (1992: 89). Desde esta perspectiva, ya no sólo se puntualiza que lo cultural existe en aras de ejercer un poder y dominio sobre la naturaleza, sino que además se le confiere otra función que refiere a los vínculos e interacciones entre los miembros del colectivo, lo cual imprime un sello de mayor complejidad, pues a partir de esta intencionalidad, se reconoce que el sujeto deja de tener carácter de individuo para constituirse y concebirse como parte del grupo.

La cultura entonces, además de salvaguardar la integridad de los miembros de un colectivo frente a las fuerzas de la naturaleza, y de servir a los fines de sus vínculos, también existe (en un sentido filosófico) para ayudar al ser a alcanzar

la felicidad (alcanzar su perfección). Lo cual permite inferir en primera instancia que la cultura sólo es posible porque existe como medio para la realización del ser, del espíritu, que es el único poseedor de las cualidades necesarias, en cuanto ser, para la realización de sus aspiraciones y sus deseos. Es el único ser que necesita, como sujeto colectivo, atribuir a sus interacciones una serie de rasgos y cualidades que lo distinguen de las demandas de la propia naturaleza. Desde aquí, es posible enfatizar que:

Pero en ningún otro rasgo creemos distinguir mejor la cultura que en la estima y el cuidado dispensados a las actividades psíquicas superiores, las tareas intelectuales, científicas y artísticas, el papel rector atribuido a las ideas en la vida de los hombres. En la cúspide de esas ideas se sitúan los sistemas religiosos, [...], junto a ellos, las especulaciones filosóficas y, por último, lo que puede llamarse formaciones de ideal de los seres humanos: sus representaciones acerca de una perfección posible del individuo, del pueblo, de la humanidad toda, y los requerimientos que se erigen sobre la base de tales representaciones [...].

Como último rasgo de una cultura, pero sin duda no el menos importante, apreciaremos el modo en que se reglan los vínculos recíprocos entre los seres humanos: los vínculos sociales, que ellos entablan como vecinos, como dispensadores de ayuda, como objeto sexual de otra persona, como miembros de una familia o de un Estado (Freud, 1992: 92-93).

Los rasgos referidos, sin duda, dejan ver que lo cultural aparece precisamente como el medio que permite suprimir lo “individual” como sinónimo de “incivilizado”, dando lugar a la conformación de la condición contraria, lo “colectivo” como sinónimo de “cultura y civilización”. Es entonces a partir de esta caracterización de la cultura, que puede señalarse en un primer momento, que el fin supremo de ésta es la *perfección*. Sin embargo, en lo que se reconoce como cultura también es posible encontrar estados de insatisfacción, malestar, angustia y agresión, lo cual lleva a cuestionarnos sobre lo planteado desde la perspectiva filosófica y semiótica; siguiendo a Freud, es importante recuperar que, la cultura es un mal necesario: “[...] gran parte de la culpa por nuestra miseria la tiene lo que se llama nuestra cultura; [...] es indudable que todo aquello con lo cual intentamos protegernos de la amenaza que acecha desde las

fuentes del sufrimiento pertenece, justamente, a esa misma cultura” (1992: 85-86).

Es entonces imprescindible reconocer que, por un lado, la cultura apunta hacia ciertos estados de bienestar en los individuos, pero por el otro, conjuga una serie de elementos que sitúan a los miembros de un colectivo frente a reacciones de hostilidad, agresión y culpa.

En un segundo momento, la cultura entonces puede ser entendida como freno a las pulsiones individuales, a la dicha personal; la cultura existe para configurar un deseo estabilizador y cohesionador de los miembros de un colectivo; implica reglas y normas; requiere de estrategias propias de lo humano para subsistir, actualizarse, recrearse y transformarse como un mecanismo de su propia regulación y autoconformación.

La cultura se plantea, como una de sus tareas, formar colectivos en los que se construyan una serie de significantes próximos a lograr la identidad. Por ello, como medios de resolución entre lo personal y lo colectivo, se utilizan mecanismos lingüísticos y simbólicos, además de los psíquicos, que permiten lograr una mediación como forma de regulación de la masa. Uno de estos mecanismos es la concepción de una conciencia moral instituida a partir de la generalización de un sentimiento de culpa.²

Desde aquí puede advertirse que la culpa es una limitante en la cultura, pero paradójicamente, también es un elemento que sirve de sostén y de impulso al desarrollo de la misma; introduce un motor en las interacciones, un mecanismo que a la vez que cohesiona a los miembros del colectivo, ayuda a la conformación de identidades para asumir lo propio de esta lucha entre renuncias y pertinencias³; dicho mecanismo es lo que se reconoce como el *deseo en la cultura*.

² Cfr. Freud, 1992:118.

³ Para una profundización sobre este tema, es recomendable el texto de Freud, *Más allá del principio de placer*.

El deseo es un elemento de carácter inconsciente, que se introyecta en la colectividad como una pulsión que da sentido a la vida; esto puede ser interpretado como una forma de búsqueda de realización humana, deseo que se convierte en motor del desarrollo cultural, toda vez que se sitúa como el camino para construir nuevos órdenes de relación (simbólica) con el mundo. En este sentido, el deseo representa siempre un ideal en juego (ideal del Yo), en permanente búsqueda, representa lo inalcanzable, pero a lo que siempre se aspira a llegar aún sin la certeza de lograrlo; lo que está en juego y que moviliza el desarrollo cultural es la aspiración constante, el goce que se recrea en la lucha por la conquista. Sin el deseo, la colectividad corre el riesgo de la pérdida de sentido en su existencia.

La educación, por su parte, desde una concepción tradicional, se le considera como un fenómeno que refiere a la transmisión de conocimientos y de instrumentos culturales de una generación a otra; puede asumir formas y modalidades diversas, pero su finalidad se constituye en un principio de supervivencia social: *procurar y asegurar el desarrollo de la colectividad*.

La educación como fenómeno, debe entenderse como parte estructurante de la cultura, como una serie de actos que integran huellas y señales (lo simbólico) para hacer posible la interconexión de los sujetos, validar su presencia y recorrido sociohistórico. En este sentido, es posible apreciar que la educación es parte de y constituye lo social; su pretensión de formar sujetos no sólo en lo referente a saberes y a conocimientos en el ámbito intelectual, sino también en el orden de lo moral, que constituye la base de la interacción y de la reciprocidad que se legitima en el colectivo, busca la creación de identidades como una posible potencia que pugna por vencer las disociaciones culturales.

Hablar de creación de identidades, es referir a una serie de significados y símbolos que forman parte de un lenguaje común para los miembros de un grupo, los cuales producen significantes en relación a los rasgos que los identifican. Es en este espacio donde cultura y educación se concatenan para cohesionar a sus miembros como colectivo a partir de producir identidades que

coadyuven a que los sujetos se apropien de las aspiraciones y asuman como suyos los textos, discursos y comunicados que se van generando.

Cultura y educación asumen la tarea de crear identidades sociales para que subsista el colectivo, para fortalecer los lazos de unión de sus miembros, para producir nuevos significados que revitalicen sus interacciones. ¿Cómo lograr esto? la cultura necesita crear y recrear mecanismos de apropiación de las producciones de significantes del grupo; un dispositivo del que se vale es la educación, a quien compele la formación de sujetos cognitivos y epistémicos a través de procesos afectivos y emocionales, intrínsecamente ligados con la creación de símbolos que les permitan el vínculo con su realidad y la conformación de su identidad; misma que adquiere sentido en la medida en que es resultado de algo que se desea, resultado de una producción colectiva, que permite a los miembros de un grupo caminar en un mismo sentido. La cultura, como entramado de significaciones construidas a partir de lo educativo, da paso al significante *identidad* para recuperar la individualidad articulada a lo colectivo y asumir responsabilidades y pertenencias que los configuran como algo social singular. La creación de identidades, posibilita la articulación de significados sociales vinculados al deseo de *ser*; es a partir de la educación como mecanismo creador y articulador de identidades, que los sujetos pueden inscribirse en los discursos del grupo, y aspirar a su desarrollo como colectivo.

Si se toma en cuenta que es desde el ámbito de la cultura y de la educación que se hace necesario establecer un puente sólido para la creación de identidades sociales, es aquí donde surge la imperiosa necesidad de plantear una forma de rescate conceptual que permita pensar y articular dichos ámbitos con la creación de identidades.

Por ello, la pretensión de este trabajo al anudar las diferentes perspectivas teórico-conceptuales abordadas, ha buscado recuperar una mirada filosófica como la de Scheler, permitiendo imprimir una función y una intención claras a lo que se aspira como cultura; integrar una perspectiva semiótica, brinda la oportunidad de asumir como básico el lenguaje y la integración de símbolos y

significantes que facilitan la comprensión e interpretación de lo que se produce y entra en juego para definir y caracterizar las interacciones y producciones de una colectividad. En otro sentido, recuperar planteamientos desde el psicoanálisis, ha sido una posibilidad de ubicar no sólo las condiciones positivas respecto a lo que se puede entender por cultura, sino de integrar elementos contradictorios que permitan redimensionar y entender lo que se estructura al interior del colectivo, así como establecer nociones que lleven a cuestionar lo benéfico y lo productivo de lo cultural como único motor de desarrollo social.

Todo ello, ha permitido reconocer que cultura, educación e identidad, son cuestiones que se significan más allá de las pretensiones románticas e idealistas de realización y bienestar, para dar paso a la configuración de estructuras que se imponen desde lo inconsciente.

Algo que no puede dejar de estar presente, es la riqueza que, la pretensión de interpretar la realidad social, nos promueve.

Como última reflexión, es posible identificar que cultura y educación van más allá de la aspiración de cosas que causen bienestar y del manejo de instrumentos que nos procuren mejora en nuestra vida; la dimensión cultural a partir de la educación, advierte formas particulares y propias de los colectivos, aspecto que permite comprender e interpretar cómo es posible que se mantengan conocimientos, valores y significados comunes en un colectivo, así como el funcionamiento de los significantes de identidad en cada grupo social a partir de sus propias producciones discursivas y de los rasgos de identidad que se asumen, independientemente de la voluntad y los buenos deseos de sus miembros.

BIBLIOGRAFÍA

- Abbagnano, N. y Visalberghi, A. (1964). *Historia de la Pedagogía*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Freud, Sigmund (1992). "El malestar en la cultura", *Obras completas*, Buenos Aires; Amorrortu.

-
- Kahler, Erich (1946). *Historia universal del hombre*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Lotman, Iuri M. (1996). *La semiósfera I. Semiótica de la cultura y del texto*, Madrid: Desiderio Navarro/Cátedra.
- Ramos, Samuel (1934). *El perfil del hombre y la cultura en México*, México: Espasa-Calpe Mexicana.
- Ruíz Ávila, Dalia (2003). *Tejiendo discursos se tejen sombreros. Identidad y práctica discursiva*, tomo I, México: Universidad Pedagógica Nacional.
- Scheler, Max (1973). *Sociología del saber*, Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte.
- Scheler, Max (1938). *El puesto del hombre en el cosmos*, Buenos Aires: Losada.